

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Arqueología y evangelios*. Editorial Verbo divino, Estella (Navarra) 1994, pp. 291.

La Biblia y su entorno han sido objeto de preferente atención por parte de los arqueólogos. Diríase además que el interés prestado al ámbito bíblico ha superado con, mucho, al suscitado por cualquier otra área de la civilización, si tenemos en cuenta el pequeño espacio geográfico sobre el que se focaliza. Sin entrar ahora en discusión sobre el concepto de arqueología bíblica, anotemos simplemente que desde hace tiempo se sustancia a la arqueología con el adjetivo de «bíblica», igual que aceptamos normalmente referirnos a arqueología clásica. Actualmente, debido al intenso trabajo arqueológico realizado sobre Palestina o Tierra Santa, contamos con una nómina singularísima de arqueólogos, cultivadores insignes de esta especialidad, a quienes podríamos reconocer, por así decirlo, como los «clásicos» de la arqueología bíblica. Enumeremos algunos de ellos: W.F. Albright, M. Avi-Yonah, J. Finegan, K. Kenyon, A. Negev, A. Parrot, G.E. Wright, etc., (cf. J.A. Fitzmyer, *An Introductory Bibliography for the Study of Scripture*, Biblical Institute Press. Roma 1981, p. 98 ss.).

Valga este preámbulo para presentar al autor de este libro, el profesor Joaquín González Echegaray, vinculado principalmente al Museo e Instituto para Investigaciones Prehistóricas de Santander y al Instituto Español Bíblico y Arqueológico de Jerusalén, y uno de los especialistas que continúa las huellas de los arqueólogos arriba mencionados, teniendo en su haber una, ya muy dilatada, labor en esta tarea, que se ha traducido en numerosísimas publicaciones de alto nivel científico y de divulgación. Recientemente publicó el libro *El Creciente Fértil y la Biblia* (Estella 1991) que también como éste, objeto de nuestra reseña, —y ello es aplicable a la mayoría de sus publicaciones— pertenece evidentemente al campo de la arqueología bíblica.

Arqueología y evangelios se ocupa del trasfondo real y sincrónico de las narraciones evangélicas. Se trata, por consiguiente, de una aproximación a los evangelios desde la arqueología, entendida ésta en sentido no restringido, como lo muestran los epígrafes de los quince capítulos que componen su contenido. La obra está destinada no a los arqueólogos profesionales, sino a un público más amplio, puesto que expresamente ha querido el autor reducir en la medida de lo posible los tecnicismos propios de esta ciencia; pero en todo caso sin detrimento del rigor científico. La información resulta variada y rica, abarcando abundantes aspectos geográficos, históricos y sociales. Nos basta señalar algunos títulos que son desarrollados a lo largo del libro para colegir la variedad y amplitud de temas que entran en consideración, y que forman el escenario o telón de fondo de los relatos evangélicos: los caminos y rutas marítimas, desierto y montañas sagradas, lugares de culto, salud y enfermedad, comidas e invitados, ritos funerarios, la Palestina de los años 30, proceso criminal y ejecución etc. Todo ello gira en torno de

los pasajes evangélicos concernidos, cuyas referencias se citan explícitamente, o se parte de los mismos para sugerir otras posibilidades o situaciones que, sin estar atestiguadas para la época, se constatan a poca distancia cronológica. Nada sirve de pretexto en relación a los textos, sino que todo contribuye a esclarecer, explicar y ambientar el marco evangélico. Se echaba en falta un trabajo así, de contenido tan diversificado y al mismo tiempo tan ordenado que hasta pudiera muy bien haberse extendido a otros conceptos como a la escritura y oralidad, etc. En la selección bibliográfica (pp. 255-262) G. Echeagaray alude a títulos de obras cuyos autores han desarrollado parcialmente similares contenidos, como la de J. Wilkinson *La Jerusalén que Jesús conoció. La arqueología como prueba* (Barcelona 1990); o que han abordado con más detalle y profundidad algunos aspectos desde el punto de vista económico y social, como la de J. Jeremias, *Jerusalén en tiempos de Jesús* (Madrid 1977). También conoce el autor que bastante de lo que expone en este libro, e incluso mucho más, se suele tratar en las introducciones al Nuevo Testamento, pero no de la misma manera. Ciertamente el contenido coincide mayormente con lo que en nuestros estudios clásicos se engloba en el término «realia»; sin embargo nos sorprende con este estudio que, a modo de una guía completa, consigue recrear toda una ambientación arqueológica, a través de la cual se desplegaron los hechos relatados en los evangelios canónicos, incluso aportando argumentos de la flora, de la fauna, de las ciudades, de la ecología y del hábitat en general.

El planteamiento del capítulo primero «Aproximación histórica a Jesús de Nazaret», con todo siendo el menos arqueológico, me parece pertinente además de ser necesario y previo. El autor resume, sin entrar en polémicas, las conclusiones más comúnmente aceptadas a que ha conducido la crítica moderna sobre el Jesús histórico y el Cristo de la fe. Que los evangelios no son biografías de Jesús, aunque a él remitan, poniendo en su boca palabras suyas e historiando hechos por él realizados, resulta incontestable. Y así como el Antiguo Testamento representa ante todo la expresión de fe del pueblo israelita en el transcurso de más de un milenio, y en menor medida se considera historia de Israel, aunque refiera acontecimientos de su devenir histórico, igualmente los evangelios reflejan la fe pospascual de la comunidad primitiva, la cual no pretendía tanto recuperar los pormenores del pasado de Jesús cuanto que sirvieran de fundamento histórico de su fe. Claramente lo explicita el final del evangelio de Juan (Jn 20, 30-31): «Jesús realizó en presencia de sus discípulos otras muchas señales que no están en este libro. Hemos escrito éstas para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y con esta fe tengáis vida gracias a él».

Como resultado de los estudios críticos llevados a cabo por reconocidos investigadores en este siglo (como Dibelius, Bultmann, Taylor, Käsemann, Conzelmann, Boismard y otros), el grado de historicidad de los evangelios es aún cuestión debatida; ¿cuánto hay en ellos de «kerigma» o proclamación de fe crística y cuánto de puramente histórico? ¿los evangelistas se preocuparon primariamente de hacer teología más que de historiar o narrar los hechos que realmente acaecieron? En cualquier caso, la conexión y engarce con el Jesús de la historia parece inevitable y en cierta manera está fuera de toda duda, de modo que ciertas perícopas evangélicas recogen fielmente sus «ipsissima verba», así como algunas narraciones se ajustan exactamente a los hechos acaecidos. Así, los historiadores conceden que Jesús pronunciaría efectivamente aquellas palabras que no pueden ser explicadas por los usos judíos ni tampoco por las preocupaciones que embargaban a los primeros cristianos.

Bien poco es lo que podemos decir con seguridad sobre Jesús de Nazaret en cuanto a sus detalles humanos; pero no debemos lamentarlo, porque su vida terrena fue un misterio. Muy tempranamente las generaciones siguientes de los testigos oculares del Maestro sintieron deseos y curiosidad de saber más sobre él. Y así, fruto de la insatisfacción, surgió una serie de evangelios paralelos cuya función fue

complementar o rellenar etapas enteras de su vida (infancia, vida oculta y resucitada, pasión, etc.), en los cuales no se excluyen, en algunos casos, que se hayan transmitido tradiciones auténticas sobre el Jesús histórico. A este grupo de escritos de carácter híbrido en cuanto a su origen y tendencias, y de carácter muy desigual, en cuanto producto literario, que va desde lo edificante a lo legendario o fantástico, se les conoce generalmente como evangelios apócrifos.

En el desarrollo del resto de los capítulos el autor logra una simbiosis cabal y equilibrada entre relato evangélico y ambientación arqueológica, dentro de los márgenes y objetivos enunciados en el prólogo. Esta interacción entre texto y «realia» o dato arqueológico pone en evidencia el rigor y metodología del conjunto de la obra. Con acierto manifiesta cómo la arqueología ha contribuido a encontrar vías plausibles para obtener una interpretación más correcta de los textos. Sirva de ejemplo la confirmación arqueológica de la cercanía de la sinagoga de Cafarnaún y la casa de Pedro, distante apenas 50 metros, en relación al pasaje del evangelio de Marcos 1,29: «Al salir de la sinagoga, se fueron derechos a casa de Simón», (p. 12). Asimismo intercala de vez en cuando datos recientes de descubrimientos arqueológicos y vivencias personales, convenientemente y muy a propósito, con lo cual mantiene vivo el interés a largo de todo el libro. Por ejemplo, bajo el epígrafe «las rutas marítimas», trae a colación el hallazgo en el lago de Genesaret de una lancha de pesca o carga (p. 127). Dicho hallazgo se produjo en 1986 y, una vez que se le aplicó el procedimiento de datación del carbono 14, se la situó aproximadamente en el año 40. Igualmente en el capítulo titulado «Bajo las tropas de ocupación» hace mención de otro hallazgo importante. Se trata de una inscripción romana, descubierta en 1962 en las excavaciones realizadas en Cesarea marítima, donde figura el nombre de *Pontius Pilatus* como prefecto de Judea. Esta inscripción fue comentada detenidamente en esta misma revista, en la reseña que hice para presentar el libro de J.P. Lemonon, *Pilate et le gouvernement de la Judée. Textes et monuments*, París 1981 (cf. *Tabona* N.S, 4,1983, 332-334). Por último, el libro se cierra con varios, muy prácticos y completos, índices: de mapas, planos y figuras, de nombres propios con un índice analítico y otro de citas bíblicas.

JOSÉ GONZÁLEZ LUIS